

En el teatro de la Princesa se estrenó, en Madrid, a noche del 18 de Diciembre, con el siguiente reparto:

Magdalena Godart.	Sra. Guerrero.
Maria Berkey.	Srta. Cancio.
Isabel Clara.	Sra. Barcena.
Paulota Groninga.	» Salvador.
Berta.	» Bueno.
Una aldeana.	» Jiménez.
Albertino.	» Blanco.
Don Diego Acuña de Carvajal.	Sr. Diaz de Mendoza.
Francisco Valdés.	» Thuillier (1).
Juan Pablo.	» Palanca.
Mander.	» Juste.
Hans Bol.	» Cirera.
Barón Montigny.	» Guerrero.
Martin Frobel.	» Carsi.
Don Juan de Bracamonte.	» Martínez Tovar.
Don Luis Gaytán.	» Vargas.
Potter.	» Urquijo.
Zapata.	» Giraudier.
Romero.	» Montenegro.

(1) Creo cumplir con una obligación gratísima haciendo constar aquí mi agradecimiento para con el ilustre actor D. Emilio Thuillier, que al estreno de esta obra consintió en aceptar un papel secundario como éste. Mi natural interés de autor procurando para la obra un reparto brillante, encontró aliados naturales en la generosidad, el espíritu de compañerismo y el entusiasmo artístico de Emilio Thuillier y del Sr. Martínez Tovar. Que muchas gracias les sean rendidas.

E. M.

ACTO PRIMERO

ESPAÑA Y FLANDES

Representa la escena el interior de una pequeña hacienda campesina en el Brabante, entre Amberes y Malinas. El aspecto general de los «cabarets» de Teniers. En el fondo derecha, una puertecita que abre al campo. Pequeño muro, arrancando del fondo, junto á la puertecita y formando corredor para llegar á ella. En la pared lateral derecha, una puerta que comunica con el interior de la hacienda. En la pared lateral izquierda, una ventanuca alta, sin cristales, con postigo de madera jugando al interior. En la pared del fondo, una ventana grande con repecho practicable y macetas floridas. Mesa de nogal, bancos, sillas y un armario con poterias, pipas y jarrós de cerveza.

Crepúsculo.

Al levantarse el telón se oven á lo lejos disparos, alaridos y mosquetazos de los españoles, que tocan arma á la vecina aldea.

En escena estarán PAULOTA GRONINGA que, por la puerta del fondo, mira al campo, y MAGDALENA GODART que, por la ventana lateral, sigue ansiosamente los destrozos de la aldea.

JUAN PABLO

(Saliendo á escena por la lateral derecha, después de mirar en torno cautelosamente.)

¿Qué hay por la senda?

GRONINGA

(Volviéndose.)

¡Ni alma que se vea!

MAGDALENA

¡Y el saco sigue!

MARÍA

(Que estará delante de la ventana para seguir, como su hija, los incidentes del saco.)

¡Y quemarán la aldea!

MAGDALENA

Ya incendiaron las aspas del molino
y el fuego por el aire abre camino.

JUAN PABLO

(Gritando, acercándose a la lateral derecha.)

¡Martín Frobél!... ¡Da tregua á la faena!

MAGDALENA

(Solicita, acercándose á su padre.)

Padre, ¿puedo servirlos en algo?

JUAN PABLO

Magdalena,
los españoles tornarán á Amberes
llevándose el botín; cuatro mujeres
y dos viejos que estamos
en esta choza, ¿qué queréis que hagamos?

MAGDALENA

¡Cuitado Martín Frobél!

JUAN PABLO

A eso atiendo.

El... la Prensa... los libros...

MAGDALENA

¡Es horrendo!

MARÍA

(Desde el fondo.)

¿Qué habláis los dos?... ¿Qué pasa?...
¿Sospecháis que vendrán contra la casa?

JUAN PABLO

No sé nada, mujer.

MARÍA

¿Y si vinieran?...

JUAN PABLO

¡En nombre del Señor les abriría!

MARÍA

¡Nunca, abrirles!... ¡Convéncelo, hija mía!

MAGDALENA

¡Falta que ellos también se convencieran!

MARÍA

Por modo que aquí estamos
peor que en la ciudad y más vendidos;
entonces, ¿para qué la abandonamos?

JUAN PABLO

¡Dios ciega á los que quiere ver perdidos!

MAGDALENA

¿Desesperas de Dios?

JUAN PABLO

¡De quien lo hiciera!

¡Ya no espero, hace tiempo, en nada humano!

¡Flandes, tierra de ruina,

sin hijos, sin defensa y sin bandera:

España, armada, sobre ti camina,

y el Señor te ha dejado de su mano!

MARÍA

(Reuniéndose en el fondo con Paulota.)

¡Oyes, Paulota?... Tiemblo de congoja...
sospechan que vendrán...

GRONINGA

¡Dios nos acoja!

MARÍA

¡Y ayer hicimos provisión de harina!

GRONINGA

¡Y está cociendo el pan en la cocina,
que hice la masa para la semana!

MARÍA

¡Y el vino!

GRONINGA

¡Compré nuevo esta mañana!

MARÍA

¡Y el oro que á guardar nos dió el Concejo
y la prensa del viejo!...

GRONINGA

¡Y el cuadro grande del señor Juan Pablo,
que Mander, en Amberes, me decía
que buenos mil ducados le valdría!

MARÍA

¡Y la paja y la vaca en el establo!

GRONINGA

(Cambiando de tono.)

Por cierto...

MARÍA

(Adivinando, sonriente, ganada de pacífica alegría.)

¡No me engañes!... ¿Te adivino?...

¡Ay, cuánto sufriría
con la yaciga estrecha que tenía!...
Dicen que las conforta pan y vino...

GRONINGA

¡Le he dado ya á beber!

MARÍA

¿Y está contenta?
¿Cuántos son los nacidos? ¡Cuenta, cuenta!

GRONINGA

Dos ternerillos, rubios como el oro;
el pelaje tan fino
como borra de paño brabantino,
blanda y liviana al tacto.

MARÍA

¡Qué tesoro!
¿Y saltan?

GRONINGA

¡Bien quisieran! Pero es ella
tan de suyo juiciosa, que atropella
por los mismos impulsos de sus hijos,
y entre sus patas los mantiene fijos
como en un ancho abrazo,
apretándoles bien contra el regazo;
por modo que ellos triscan y combaten
y, más que saltan, laten;
¡dos nuevos corazones que ella tiene
y á que se aparten de ella no se aviene!
Las cabecitas de los dos culminan,
inquietas, por enciman de los flancos,
y, más que distinguirse, se adivinan
las frentes rojas, los morritos blancos...
¡y la madre les brinda, por almohadas
y cabezal, las ubres sonrosadas!

MARÍA

¡Qué hermosura!... ¿No escuchas, Magdalena?

MAGDALENA

¡Escucho el alarido
del pueblo en armas y el cañón que truena!

MARÍA

¡Cuitados!... En mal punto habréis nacido.

*(María se dispone á salir por la
puerta del fondo.)*

JUAN PABLO

¿A dónde vas, María?

MARÍA

(Un poco cortada.)

Si das venia, al establo dirigía
mis pasos...

JUAN PABLO

¿Al establo?
¿No cuida de él la moza?

MARÍA

Sí, Juan Pablo;
pero... ya ves... quisiera...

JUAN PABLO

Yo no quiero:
que entre él y nuestra casa está el sendero
y hay peligro en cruzarlo.

MARÍA

Bien, espera;

no es que lo niegue... pero yo quisiera...
 ¡ay, Señor!... Ya comprendo
 que ahora no está en sazón lo que os diría.
 Arde á dos pasos un casar; el día
 alumbra muertes, lutos, ¡es horrendo!
 pero...

JUAN PABLO

¿Acabas, María?

MARÍA

Acabaré... Yo sufro y peno y lloro
 por todo el mal que nos están haciendo,
 Juan Pablo; pero, ha poco, cuando oía
 que la vaca ha tenido en la establa
 dos ternerillos de oro...

MAGDALENA

(Interesada ya.)

¿Dos?

MARÍA

¡Y tienen los dos, precisamente,
 blanco el hocico y púrpura la frente!

MAGDALENA

¡Qué hermosos!

MARÍA

Quando Paula me contaba
 cómo triscan, tan vivos,
 y cómo, con las patas, les recoge
 la madre, y en su seno les acoge

á la vez, abrazados y cautivos,
 yo olvidé sangre y muerte
 y el enemigo cerca, en asechanza,
 y el mal seguro y la dudosa suerte
 ¡y abrí el alma á la vida y la esperanza!
 Dame venia, Juan Pablo... iré advertida...

MAGDALENA

Y yo, si tú me dejas, la acompaño.

MARÍA

Ya lo ves, no nos pasa ningún daño;
 no es todo muerte el mundo; ¡aun queda vida!

JUAN PABLO

(Efusivo, llegándose á ella.)

¡Ah, María Berkey, tú eres mi tierra!
 Sí; con ella id las dos y proveeos
 de vida y de deseos,
 que entregar á las llamas de la guerra...
 Tú tráeme en esta mano,
 mano de honrada paz y buen gobierno,
 todo el calor y todo el vaho tierno
 del recental enano.
 Tú, Paulota Groninga, con tu brazo
 robusto, de gañana y campesina,
 haz lumbre en el establo á tu madrina
 y arrímale las crías al regazo.
 Y tú, mi hija mayor, mi Magdalena,
 toda tan á mi modo en tus hechuras,
 severa como yo, recia y serena,
 sigue á tu madre y piensa que son, vena
 donde se nutre Flandes, sus ternuras...

Andad con Dios para traerme nuevas,
cuando podáis, de los recién nacidos.

(A su mujer.)

Mira bien el camino, antes que muevas
los pies... Gritad si os salen forajidos.

MARÍA

No temas; son dos pasos solamente;
¡adiós, Juan Pablo!

JUAN PABLO

Adiós, dama María.

MAGDALENA

(Saliendo ya, á la Groninga.)

Dime, ¿y no tienen manchas en la frente?

GRONINGA

Me pareció que el uno las tenía:
blancas...

MAGDALENA

¿No abren los ojos todavía?

MARÍA

¡Nunca los abren tan seguidamente!

(Salen por el fondo, después de cerciorarse que no hay nadie en el camino.)

JUAN PABLO

(Con muestras de impaciencia; llegando otra vez á la puerta lateral derecha.)

¡Martín Frobel! ¡He dicho que acabaras!
¡Y en casa mando yo!

MARTÍN

(Saliendo por la lateral derecha, vueltas las mangas del jubón, sucio lo blanco de la camisa y sucias sus manos con tinta de imprenta; con un pliego grande, que examina satisfecho.)

Perfectamente.

Los caracteres claros, la escritura
limpia y la estampa del Maestro en medio,
con tanto ajuste, que parece á plomo.
Pintor Juan Pablo, lo haces de manera
que das bullo y color á la madera.

(Va á mostrar la prueba, y parece sorprenderle el ruido de mosquetería que entra por las ventanas.)

¿Qué ruido es este?

JUAN PABLO

(Secamente.)

Acaban con la aldea.

MARTÍN

¿Intentarán quemarla?

JUAN PABLO

¡Ya está en llamas!

MARTÍN

¡Váleme Dios!

(Sigue mirando el papel.)

¡Ah, no, no, no! ¿Qué es esto?
¿David sin D inicial?... ¡Tamaño lapso,
prensa de Frobel, no has de darlo al mundo!
Voy á empezar de nuevo...

(Dirigiéndose á la lateral derecha.)

¡Isabel Clara!

JUAN PABLO

Pero, ¿qué haces, Martín? Pues ¿no te he dicho
que dieras ya de mano á la faena?

MARTÍN

¿Pues no me ves aquí? Ya dí de mano;
sino que encuentro un lapso, en esta prueba,
y quisiera enmendarlo... ¡Isabel Clara!

JUAN PABLO

¿No viene?

MARTÍN

No habrá oído... el ruido, acaso...

JUAN PABLO

¿Qué ruido?

MARTÍN

¡El de la prensa!

JUAN PABLO

¿Luego sigues
trabajando, sin ver el mal que causas?

MARTÍN

Yo no... Lo dejé todo, obedeciendo;
pero tu hija Isabel quedó imprimiendo,
por diversión, como de juego...

JUAN PABLO

¡Basta!

¡Paso del medio siglo y no hallé ejemplo
de mansa terquedad como la tuya!

(Llamando á su vez.)

¡Isabel Clara, aquí!

ISABEL

(Saliendo.)

¿Qué ocurre, padre?

MARTÍN

*(Sin pensar ya más que en su
errata, á Isabel Clara.)*

Vamos á ver los dos si habrá manera
de corregir...

JUAN PABLO

Calla un momento, Frobél.

(Ha dicho estas palabras con cierta alarma en la voz; va junto á la ventana grande y escucha.)

Ni el ruido de un mosquete, ni un redoble; todo acabó. ¡Dios guarde á los vencidos!

(Se descubre y parece rezar; vuelve á dirigirse á los que están en escena.)

No queda espacio que perder; el día alumbra aún claro y tienen los del tercio tiempo de regresar antes que acabe. Les traerá hasta nosotros el sendero y acaso entren la casa, Martín Frobél.

MARTÍN

¡Mi prensa!

JUAN PABLO

¡Tú lo has dicho!

MARTÍN

Estoy perdido.

JUAN PABLO

Tu prensa: la palabra para todos, la verdad para todos, triunfadora de toda tiranía, transportando la voz de Dios á todos los hogares,

por sobre el tribunal de la Indulgencia y sin que Roma cobre el diezmo, Frobél... Tu prensa, el gran pecado, Dios sin velos, como aquel día del mayor milagro cuando, al morir Jesús, se abrió el del templo. Si dan con ella, estás perdido, Frobél; ni tú te salvarás, ni ella se salva; que pobre, humilde y viejo, con tu prensa, ¡tú eres la libertad, y ellos, España!

MARTÍN

Pero... ¿qué medio?

JUAN PABLO

Hay uno.

ISABEL

Destruirla...

MARTÍN

Jamás... ¡antes, mi sangre caiga en ella y rojo impriman sus postreros goípes!

JUAN PABLO

Viejo amigo Martín, no es tanto el riesgo.

MARTÍN

Di...

ISABEL

Cuitado maestro, ¡cómo sufre!

JUAN PABLO

Por una noche, accede á separarte...

MARTÍN

¿De mi prensa?

JUAN PABLO

(Señalando hacia la lateral derecha.)

Debajo de esa mesa, tiene su entrada el sótano mezquino de esta hacienda, y en él la esconderemos unos días...

MARTÍN

Respiro... ¡Sí, Juan Pablo; como quieras se hará, cuando lo mandes! Y yo mismo te ayudo; ya he cargado muchas veces con ella, y sé llevarla... ¡Qué alegría!... Mi prensa... ¡Al fin es ella mi oficio, mi afección y mi familia!

(Abrazando á Isabel Clara.)

¡Ya se salvó mi prensa, Isabel Clara!
De todo corazón, gracias, Juan Pablo!

(Juan Pablo y Martín Frobel salen por la lateral derecha á esconder la prensa. Isabel Clara se queda, mirando la catástrofe lejana. Empujando la puerta del campo, que quedó entreabierta, y sin anunciarse, en traje de marcha, con un hato al hombro y gorra de pelo, entra Mander en la estancia.)

ISABEL

Mánder... ¿de camino?

MANDER

Salgo del Brabante, tierra floja donde, porque alguien habló de paz, las armas estorban...

ISABEL

Sentaos.

MANDER

No queda tiempo; ganar la senda me importa primero que entren en ella las panteras españolas.

ISABEL

¿Llamo á mi padre?

MANDER

No falta...

Dile que á Mander le enoja recibir aquí la paz de enemigos á quien odia. Que estoy contra España, igual que en aquellas negras horas, cuando llevaron á Flandes con su príncipe á la horca... No se quejará Juan Pablo de mí; sus órdenes todas he cumplido: moví gentes,

alcé pueblos, compré chozas;
 donde hubo hogar, arrimé,
 para la guerra, mi antorcha;
 si hoy con la paz os halagan,
 á mí la paz me es odiosa,
 y marchó á Holanda; allí juntan
 nuestros príncipes sus tropas.

ISABEL

Lo diré así.

MANDER

(Marchándose.)

Y porque quiero,
 si en tiempos futuros torna
 mi maestro á sentir viva
 la causa de Flandes toda,
 ser, como lo fui, su brazo,
 le añadirás que no estorban
 distancias á almas hermanas;
 que con la esperanza sola
 que ha de volver á llamarme,
 se parte mi alma gozosa.
 Nada más.

ISABEL

¿No queréis verle?

MANDER

Antes lo evito; que en horas
 como esta, las almas son
 fuertes y la carne es floja.
 Con Dios queda, Isabel Clara.

ISABEL

(Acompañándole.)

¡Que El os guíe, y El disponga
 de vuestros pasos!

MANDER

(Después de una vacilación.)

Tu hermana...

¿dónde está?

ISABEL

Salió á la choza.
 ¿No aguardáis que torne?

MANDER

No.
 Partir sin verla me importa.

(Acercándose á Isabel Clara.)

Tu hermana, Clara Isabel,
 como es bella y como es moza,
 viendo desde alto la vida,
 piensa que es senda de rosas...
 De sus amigos recela,
 con sus adversarios goza;
 juega con brasas... ¡Dios quiera
 que no le llegue su hora!

ISABEL

(Alarmada.)

¿Queréis decir?...